

Ópera en Austria

por Jorge Binaghi



Piotr Beczala (Don José) y Margarita Gritskova (Carmen) en Viena

Foto: Michael Poehn

Carmen en Viena

Tres representaciones de la ópera de Bizet colgando el cartel de “entradas agotadas” tienen una razón de ser fácil de explicar: debutaba en la parte de protagonista masculino **Piotr Beczala**, amado además aquí con delirio (diría que merecido). El gran tenor polaco ha esperado un cuarto de siglo para algunos roles que a los que desde hace tiempo deseaba hincarles el diente y, como ya antes aquí mismo con el Maurizio de *Adriana Lecouvreur*, ha demostrado que su prudencia es bien rentable.

Llegó con pocos ensayos, como sucede en Viena, con las producciones que llevan años en el Teatro (la que me tocó presenciar, última de las tres, era la representación número 161), pero totalmente preparado. Dicción ejemplar, interpretación personal (nada verista, nada neurótica, sino un hombre joven atraído por un mundo sin leyes que entra en conflicto con la figura omnipresente de la madre y de lo que ella representa a través de la joven ingenua que lo ama. Cuando pierde todas las inhibiciones termina asesinando contra su propia voluntad). Y, claro está, vaya cantante. Se enfrentaba a los momentos más incómodos para su voz lírica (ni qué decir que del dúo del primer acto y el aria de la flor del segundo, que eran para soñar), sin forzar jamás, con óptimo *squillo* y gran energía (el final del tercer acto y el dúo final, y en particular la frase que cierra la ópera).

Tan sólo **Carlos Álvarez** en ese papel tan ingrato que es Escamillo pudo competir con él (lo que hizo del breve dúo del tercer acto una escena de elevado voltaje); el malagueño no tendrá hoy la figura ideal del torero, pero cantaba verdaderamente bien y delineaba bien un personaje que no tiene demasiadas facetas. **Olga Bezmertna** cantó Micaëla con agudos fijos y poco controlados en el primer acto, pero por suerte se vio más cómoda en el tercero, en particular en su gran aria. Su fuerza está en las medias voces, y el agudo en esta ocasión fue metálico pero seguro; el timbre en cambio es impersonal, y la artista poco interesante. Lástima que la Carmen de **Margarita Gritskova**, de espléndida figura y medios interesantes, eligió un enfoque poco feliz, incluso en el fraseo, con una voz de pecho sobreexigida, incluso en los recitativos o partes habladas, y no siempre con resultados felices; su procaz gitana ni siquiera llegaba a serlo.

Entre los comprimarios hay que citar a **Simina Ivan** (Frasquita de agudos seguros), **Orhan Yildiz** (Moralès, un papel más adecuado para él que Belcore), pero por encima de todos, el joven barítono **Igor Onishchenko** (un Dancaire de lujo de quien se puede esperar mucho).

La dirección de **Jean-Christophe Spinosi**, alejado por una vez de su repertorio preferido, el barroco, fue sin duda interesante aunque con tiempos velocísimos en muchos momentos y no siempre conseguía

evitar que la orquesta prevaleciera (por fortuna era un placer escucharla).

El espectáculo de bellissimo vestuario (**Leo Bei**) con dirección original de **Franco Zeffirelli**, autor asimismo de la excelente escenografía, recurrió a una coreografía poco interesante de **Rafael de Córdova** y dejaba notar el paso del tiempo: mucho color, mucha (demasiada) gente, poca dirección de actores. Un regalo para el ojo sin duda, pero en teatro el sentido de la vista no lo es todo. El público se mostró generoso en los aplausos, particularmente entusiastas para Beczala.

Faust en Viena

Como casi siempre, sin el gran ballet del último acto, volvió una vez más a la Staatsoper el siempre popular *Faust* de Gounod en una versión escénica inspirada en un concepto de **Nicolas Joël** y **Stéphane Roche**, y lo mismo la escenografía “según” **Andreas Reinhardt** y **Kristina Siegel**. De los trajes no hay noticia. Adelantada al siglo XIX la acción, todo queda a cargo de cada uno de los artistas y de la experiencia del magnífico coro, preparado por **Thomas Lang**. **Frédéric Chaslin** dirigió con tiempos sumamente vivaces pero con mucha carga dramática y, como sucede con casi todos los maestros en esta sala, no siempre consiguió calibrar el volumen de la espléndida orquesta.

Erwin Schrott fue el polo magnético de la velada, por fortuna: con una vitalidad desbordante (para algunos algo exagerada) cantó con bellísima voz; al parecer su órgano vocal se ha desarrollado aún más en cantidad sin ir en detrimento de la calidad. Un diablo al cien por ciento. **Markus Eiche** vistió muy bien los hábitos de Valentin, quizás con algún agudo algo abierto, pero el papel quedó bien servido.

Jongmin Park fue un Wagner de color oscurísimo y gran volumen, aunque en todo caso más interesante que la pálida Marthe de **Bongwiwe Nakani**. **Mandy Fredich** sustituyó a la enferma Anita Hartig como Marguerite. Su interpretación mejoró en los dos últimos actos, pero en el tercero resultó plana, si bien correcta (no más que eso) en el aspecto vocal.

El protagonista estuvo finalmente en las manos (o cuerdas vocales y figura) de **Jean-François Borrás**, voz de tenor clara en la zona aguda, con un grave no muy bello, volumen pequeño y con una extensión adecuada pero de poco efecto; con un fraseo absolutamente convencional, el artista no apareció nunca. ●



Erwin Schrott como Méphistophélès en Viena

Foto: Michael Poehn